



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Madrigal, por don Federico Bello y Chacon.—Contra Soberbia Humildad (continuacion), por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Episodio Marítimo, por don P. Ortega Rey.—Exposicion de Bellas Artes, por Gazel.—Modas.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hijo, por la Marquesa de Lambert.

«Tan pocas fortunas se hacen por el camino recto, que disculpo á tu padre no habértela legado..... Ya que á las mujeres no nos dejan mas gloria que la economía, procuraré desempeñar cuanto sea posible, las obligaciones de mi estado. Te dejaré los bienes precisos, si tienes la desgracia de no tener mérito, y los sobrados, si logras las virtudes que te deseo.»

Y no se contenta con tan magnífico consejo: se propone servir de ejemplo, y que en sus palabras y en sus acciones, haya una enseñanza continua. Ella enseñaba saber agradar sin bajeza á los superiores, tratar con estimacion á los iguales, no hacer sentir el yugo de la superioridad á los inferiores, y conservar la dignidad consigo mismo. Presenta como la primera de las obligaciones el culto que se debe á Dios; porque no hay virtudes morales sin las cristianas, porque ese aire libertino ó materialista que, entonces como ahora, afectaban algunos jóvenes, y creían distinguirse con él, además de desacreditarlos con las gentes de razon, no probaban, como pretendian, superio-

ridad de talento, sino desarreglo del corazon.

Despues de Dios están los padres; pero los ilustrados no quieren obtener el cariño del deber sino el del corazon; no ese respeto forzado que se impone, sino el que nace de ese amor incomparable, que aumenta con los años, y que sobrevive sobre la venerada tumba que guarda los restos de los autores de nuestra existencia.

Las obligaciones para con los príncipes y superiores son preceptos: aquellas son como las damas, que por muy bien que se les haya servido, en el instante que no se les agrada dejan de querer.

A las personas elevadas se les debe respeto; pero solo respeto exterior; al mérito, estimacion y aprecio. La virtud y la fortuna reunidas, es un doble imperio, que merece atenciones; pero sin que deslumbré el brillo de la grandeza, que es de almas bajas el humillarse ante ella; como lo es tambien el pervertirse por imitar sus defectos.

Se han inventado infinitos gustos para el placer. ¡Cuán pocos para la caridad! Y sin embargo, no hay placer mas grande para un corazon generoso. Necesario en la sociedad para ocupar en ella un lugar distinguido; respetar á todos es respetarse; honrar á los demas es honrarse á sí mismo.

La sociedad tiene virtudes que forman entre sí una alianza íntima, y la union de todas estas virtudes hace á los hombres admirables. Así como hay vicios desconocidos á todo hombre de bien, hay virtudes que son inherentes á éstos. La veracidad, especialmente, debe ser un dogma. Sirva solo la palabra para decir la verdad: no para disimular ó desfigurar el mal, no para afectar bondades que no se tienen, méritos que se ignoran. La falsedad es la imitacion de la verdad; y el hombre falso quiere cumplir con su semblante y sus discursos; el verídico con su conducta. Hace mucho tiempo, en verdad, que se ha dicho, que la hipocresía es un homenaje que rinde el vicio á la virtud.

Y no hay que atender solamente á los deberes generales que la sociedad impone: el trato individual exige otros tan necesarios, é imprescindibles. Es indispensable una digna abnegacion del amor propio, tan ofensivo á veces, como demostrar talento buscando defectos ajenos para esponerlos al público.

La chanza, que es una parte de la diversion en las conversaciones, es difícil saberla usar; y las personas que gustan de murmurar y burlarse, tienen una secreta malignidad en el corazón: de la burla á la ofensa no hay mas que un paso; y los falsos amigos, abusando muchas veces del derecho de chancear, ofenden. Solo la persona á quien se dirige tiene el derecho de juzgar si es chanza, y si hierre, no es chanza, es ofensa.

El objeto de aquella debe caer sobre defectos tan ligeros, que la persona interesada se burle tambien. Por esto la chanza fina, es un compuesto de alabanza y vituperio: se toca ligeramente á los pequeños defectos para apoyar mejor las grandes cualidades. *Ofende menos el deshonestar que el ridiculizar*, dice un moralista francés (1), y es evidente, por la razon de que no está en poder de nadie deshon-

rar á otro, pues es nuestra propia conducta, y no los discursos de los demas quienes nos deshonran: las causas del deshonor son conocidas y ciertas: lo ridículo es puramente arbitrario; depende del modo con que los objetos se presentan, y del modo de pensar y de sentir. Hay gentes que miran siempre con anteojos de ridiculez: este defecto no está en los objetos, sino en los que los miran; así en ciertas sociedades parecen ridículas algunas personas que serian admiradas en otras donde hay talento y mérito.

Estos deberes, estos preceptos, son eternos como la verdad.

A. Pirala.

LITERATURA.

Madrigal.

Eres bella sin duda, eres divina;
Tu sér el alma con ardor bendice;
El corazón turbado me lo dice,
Y con présago salto lo adivina.

No te conozco, pero te he soñado,
Porque sueño á menudo con hermosas,
Cual el viajero que de frescas rosas
Siente el perfume en el modesto prado.

De tus ojos soñé con los destellos,
Que si atrevido amor los contemplára
El áureo dardo con desden lanzára
Para morir cual mariposa en ellos.

Soñé con tu atezada cabellera,
Que las riquezas de tu cielo mide,
Y en fina crencha por igual divide
Del alba frente la encantada esfera.

Pero perdona á mi sentido absorto,
Si al bosquejar, Narcisa, tu hermosura
Desfallece mi lánguida pintura;
Hablo por sueños y me quedo corto.

FEDERICO BELLO Y CHACON.



(1) La Rochefoucault, autor del excelente libro *Las Máximas*.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Eduardo, que en medio de sus mayores calaveradas, no abrigaba nunca un pensamiento ruin, leyó con ansiedad la firma de las cartas, leyó el primer renglon de la que estaba escribiendo Inés, y se las devolvió á Jorge diciéndole con voz muy conmovida:

—Vuélvelas á su sitio y véte.

Toda su cólera habia desaparecido.

Jorge, que era un excelente y fiel criado, y sobre todo que conocia bien á fondo el carácter de su amo, desapareció al instante, encogiéndose y sonriendo maliciosamente.

—¡Perdon, Inés! exclamó Eduardo arrebatado de alegría, sin cuidarse de la parálitica ni de Jorge, que podia oír sus palabras desde el portal, perdon, hermosa mia, yo estaba loco porque tenia celos, y los celos abrasan el alma. .. érame preciso saber quién era el dichoso mortal á quien dirigias tus cartas.... pero te juro por el Dios que me oye, que no he violado tu secreto.... nada sé.... nada mas sino que era una mujer.... ¿qué me importa á mí ahora el resto del mundo?... Oh! gracias, Inés! gracias, Dios mio!

—«A quién dirigias tus cartas!» murmuraba Jorge paseándose por el portal. ¡Mire vd. la Inésilla, que cualquiera creeria que le estorbaba lo negro! Y lo peor del caso es que mi amo toma este capricho con un fuego y una formalidad que me asusta.... Ello no deja de ser particular si bien se mira... una chieuela de aldea saber en estos tiempos leer y escribir.... ¿y qué sé yo lo que sabrá? porque estamos en el primer dia.... bien decimos allá por Castilla, que donde menos se piensa.....

VI.

¡HÉLA YA LIBRE!

—

Día fué muy aciago
Ay! el alma me lo daba.

Romancero.

Nada mas brillante que el aspecto que presentaba la córte de Napoleon en el año de 1811. Enorgullecido con sus prodigiosas y continuas victorias,

unido con eternos lazos á la ilustre familia de los Césares, asegurada su dinastia con el nacimiento del Rey de Roma, habia llegado el Emperador al apogeo de su gloria, abarcando con su inmenso y dilatado dominio á España y Nápoles, Westfalia, Holanda y Roma.

Sucedíanse en París las fiestas y los simulacros militares. Todos los domingos habia gran revista en el patio de las Tullerías, á la que asistia casi siempre el Emperador, y un gentío inmenso llenaba la Plaza del Carrousel victoreando á Napoleon, á la hermosa y simpática Emperatriz y al inocente Rey de Roma. Aquel pueblo ébrio de conquistas se entregaba entonces á todos los refinamientos del lujo y del placer, y lanzada Teresa en medio de aquel brillante torbellino, no se ocupaba ya de la llegada de Inés, sino de arrancar á la graciosa princesa Borghese su distinguido adorador; de oscurecer con su lujo y su arrogancia á todas las hermosas damas, que como otras tantas estrellas brillaban en los magníficos salones del Palacio Imperial.

Y preciso es confesarlo, no era la liviandad la que hacia desear á Teresa la cosquista del Príncipe. Teresa amaba siempre al general, ó por mejor decir, soportaba su amor, porque no olvidaba de todo punto que de él solo dependia su posicion en el gran mundo.

Por lo demas, ni amaba, ni podia comprender el amor en su expresion genuina; el orgullo lo absorbia todo en aquel corazon vacío, y cuando su pensamiento retrocedia buscando á Inés, Teresa que empezaba á temerla como si viese en ella la personificacion de su conciencia, se estremecia y se cubria los ojos como si quisiera apartar de sí aquella terrible sombra, murmurando:

—¡Duérmete, duérmete pensamiento!

Ella, la que en sus primeras cartas suspiraba sin cesar por su amiga; ella, la que apenas oyó de boca del general «Yo amo todo lo que tú amas» se apresuró á llamar á Inés con toda la efusion de su cariño, retrocedió á los pocos momentos ante la idea de que esa Inés á quien habia llamado, podia llegar y humillarla con su virtud y su inocencia á los ojos del general, porque Teresa sabia muy bien que todos los hombres, por depravados que sean, rinden á la virtud un culto mas ó menos ardiente, pero siempre un culto.

¡Cuánto sufrió para poder sembrar en su carta del 1.º de Marzo algunas expresiones que indicasen deseos de verla llegar! Cuánto al trasladar las frases en que el general preguntaba por ella sin ce-

sar! Solo las almas acosadas por la idea de su falta, almas débiles que no se sienten con fuerza para apartarse del pendiente sendero que han emprendido, podrán comprender la lucha que sostenía Teresa consigo misma, lucha terrible en la que siempre quedaba vencida y en la que apenas el demonio del orgullo reanimaba sus fuerzas para gas-tarlas de nuevo en sofocar su indómita conciencia.

Poco despues de la ceremonia del bautizo del Rey de Roma, que se celebró en la capilla de Nuestra Señora con una pompa inusitada, el duque de Wurtzburgo, que habia representado en ella al emperador de Austria como padrino del Principe, regresó á Viena acompañado del general D... á quien el Emperador confiaba la honrosa y delicada mision de entregar á su padre político una carta autógrafa, explicando los motivos que le impulsaban á reunir al imperio las ciudades anseáticas de Lubeck, Hamburgo y Brema.

A pesar de que tan imprevisto viaje dejaba á Teresa en el pleno goce de una libertad, que apetecen siempre las mujeres, sea cual fuere su posición social, sintió que su corazon se oprimia con un presentimiento amargo, y abrazó al general con una emocion que hizo estremecer al valiente veterano.

Sin embargo, aunque aquella era la vez primera que se separaba de su querida, el arrogante militar marchó á Viena con alegría, porque era uno de esos hombres rígidos, que no admiten término medio en cuestiones de sentimiento, que obran siempre de buena fé, y que herido en lo mas íntimo de su alma por el encuentro del Principe con Teresa en el palacio de la princesa Medora, derramára en silencio amargas lágrimas de despecho, ar-rancadas por la ligereza de su hermosa protegida. Y ligera como una mariposa era en verdad nuestra jóven asturiana: lloró, suspiró, y apenas el último eco de las herraduras de los caballos, se perdió en lontananza, desapareció en sus ojos la última lágrima. Y echando en olvido tristes presentimientos se entregó de lleno á la idea de gozar ámpliamente de una libertad que hasta entontes le habia sido desconocida.

No se le ocultaba á Teresa lo embarazoso que era para ella presentarse en el gran mundo sin el apoyo del general, pero como merced ál gran favor de que aquel gozaba con su soberano, estaba relacionada con todas las mariscalas y principales damas del imperio, creyó muy sencillo presentarse con ellas en la gran fiesta que preparaba la Mu-

nicipalidad de París para celebrar el nacimiento del Rey de Roma.

Era un antiguo privilegio concedido á la buena ciudad de París, ofrecer á su Monarca la « mesa y el baile » siempre que nacia un heredero del trono de Francia, fiesta que iba á verificarse con todo el esplendor que Napoleon desplegaba en las ceremonias de su vacilante y colosal Imperio.

Pero con gran asombro de Teresa, hicieronse todos los preparativos para la célebre solemnidad, y ni una sola invitacion habia recibido de las ilustres damas de la grandeza á quienes habia contado hasta entonces por verdaderas amigas.

Herida en su orgullo al ver que todo su valor venia del general, avergonzada de aquel olvido, y queriendo sin embargo presentarse en aquella sociedad que habia admirado deslumbrada su lujo y su hermosura, refugióse en la amistad de Mma. Roland, coronela viuda, cuyo afecto habia casi des-deñado, y la envió á buscar con su coche tirado por cuatro caballos negros con jaeces de plata, brindándola para dar un paseo por los Boulevares.

Regocijóse en extremo la buena viuda como todas las señoras pobres que, llorando noche y dia su perdida grandeza, encuentran al azar una ocasion de poder ostentar de nuevo el lujo de sus buenos tiempos, sino como planeta al menos como satélite.

—Siempre lo dije yo, murmuraba la buena Mma. Roland, mientras se ponía apresuradamente uno de sus antiguos trajes; es una buena muchacha, loquilla como ella sola.... pero tiene un corazon excelente.

Y una hora despues se hallaba paseando en los Boulevares en compañía de Teresa, cuyo magnífico traje de terciopelo azul de Francia llamaba la atencion de la brillante y escogida concurrencia.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

EPISODIO MARITIMO.

Era el 22 de Octubre de 184... Siete dias hacia que la fragata *Perla* habia levado sus anclas de la bahía de la Habana con rumbo á San Sebastian. Nos hallábamos en el Canal de Bahama y sobre las costas de la Florida en los Estados-Unidos. Al despuntar la aurora el cielo apareció encapotado. Negros y espesos nubarrones se acercaban y rechazaban entre sí amontonándose en el espacio. El sor-do y creciente oleaje de las aguas, y el color ver-

de oscuro que éstas iban tomando presagiaban una terrible tempestad. La orden dada por el capitán de *amainar* velas y de llamar á toda la tripulación sobre cubierta, puso en movimiento y alarma á los pasajeros. Los nubarrones ya descendiendo hasta tocar con los mástiles, ya elevándose hasta donde la vista no podía seguirles, fueron uniéndose para formar una masa parda y compacta. El tiempo según el dialecto náutico estaba *cerrado*. La tempestad se habia declarado. El huracán arreciaba, dejando al pasar por entre la arboladura del buque el prolongado rumor de sus espantosos bramidos. Las olas, que ya se habian tornado negras, dejaron de serlo para convertirse en montañas. Cada montaña amenazaba sepultar en su seno á la *Perla*. La fragata se mantenía á la *capa* con el velacho y uno de los foques. El timonel, con la esperiencia, hija de los peligros y el valor que da la desesperacion, hacia esfuerzos para salvar el buque del furor de las olas, que ora le subian hasta esconderle entre las nubes, ora le bajaban hasta las profundas simas que las aguas abrian delante de la proa. En este estado de pavorosa expectativa, el capitán, hombre avezado á los peligros, pero de una conviccion profunda en materias de religion, reunió en su derredor á pasajeros y tripulantes, y con el mayor fervor principió á rezar el rosario para calmar la cólera del cielo.

Nada mas imponente y horrible que el espantoso cuadro que á nuestra vista presentaban desencadenados los elementos: nada mas consolador que el religioso cuadro que en contraposicion á aquellos ofrecian los habitantes de la *Perla*. Por una parte la majestuosa, la grande, la colosal ostentacion de un poder invencible, del poder divino: por otra la pequeñez, la ruindad, la insuficiencia del poder humano. A la grandeza de los vientos y de las aguas contestaba la reconocida humillacion de los hombres: á la potente voz del huracán replicaba el ahogado suspiro de los afligidos navegantes. Las súplicas, los ayes y las lágrimas se confundian con las olas, que saltando las pigmeas barreras que se las oponia inundaban la cubierta y mojaban nuestros cuerpos, y con el bramido de los aires que destronzándolo todo tronchaban los árboles, y las cofas y las vergas de la fragata.

Situacion espantosa, imposible de comparar, difícil de describir, y que solo pueden apreciar y comprender los que se hayan encontrado en iguales situaciones. Un golpe de mar mas formidable aun que los muchos que habia recibido el buque, entró rompiendo un gran trozo del costado de *ba-*

bor, y removiendolo en su precipitado paso las escotillas arrancó de su sitio una inmensa pipa, que arrastrada por las aguas se abrió paso por la banda de *estribor*, llevándose consigo una buena parte de ésta. Desde este momento fué preciso asegurar con cuerdas nuestros cuerpos para que las olas, que ya no tenian dique que las contuviera, no nos arrastrasen del mismo modo que habian arrastrado á la pipa.

La fragata, rotos sus mástiles, rotas en su mayor parte las vergas, estropeada la obra muerta, y casi llena de agua la bodega, fluctuaba á merced de las olas y de los vientos, sin que la mano del hombre pudiera dirigir su marcha.

En este trance llegó la noche sin que durante el dia hubiésemos tomado otro alimento que alguna galleta y un poco de vino. La tempestad en vez de ceder aumentaba. Nuestras fuerzas iban agotándose por lo mucho que todos habíamos trabajado en el comun beneficio.

A mi lado, de pié, inmóvil con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho se hallaba un marinero. Su edad parecia ser la de veinte años. Su figura era noble y simpática; en su rostro estaba pintada la bondad, el juicio y la franqueza. Separé mi vista de los elementos para fijarla en este interesante jóven. No habia reparado todavía en él, aunque hacia siete dias que viajábamos juntos. Hallábame sumido en esta contemplacion cuando el piloto pasó por cerca de mí.

—Bautista, le dije, podemos tener esperanza?

—Solo en Dios, me contestó al pasar; de nosotros no puede esperarse nada.

Estas palabras del piloto debieron encontrar el fin de su camino en el corazón del marinero, porque instantáneamente sus mejillas se vieron cubiertas por dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos.

—Sois muy jóven, le dije, acercándome mas á su lado: será que acaso tengais miedo?

—Jamás lo he conocido, me replicó.

—Entonces esas lágrimas han sido impulsadas sin duda por alguna pena oculta.

—Lo habeis adivinado, caballero.

—Pues bien, quereis confiarme vuestra pena? La confianza es un bálsamo que si no cicatriza, mitiga por lo menos las enfermedades del alma.

—Con tanto mas gusto quiero acceder á vuestro deseo, cuanto que ademas de que me pareceis un bello sugeto, hace mucho tiempo que solo hablo de *ella* conmigo mismo.

—Si es preciso guardar algun secreto, no temais que mis lábios lo revelen.

—No hay secreto alguno que guardar. Solo que entre mis compañeros no he encontrado un corazón simpático, y por eso no quiero hablar con ellos de lo que forma mi única felicidad en el mundo.

—Agradezco la distincion que haceis de mi y os escucho.

—Era yo muy niño todavía cuando tuve la desgracia de perder á mis padres. Un anciano sacerdote hermano de mi madre cuidó de mi educacion, y quiso que yo abrazase como él la carrera eclesiástica. Nacido en un puerto de mar, criado en una casa sobre el muelle á la vista de los buques, y desarrollada mi educacion al rumor de las olas, yo me habia connaturalizado con ese elemento, que ahora miramos con terror, y que acaso dentro de breves instantes sea nuestra sepultura. Debia yo muchos favores á mi tío, y aunque sus deseos contrariaban mi inclinacion, obedecí resignado, y principié bajo sus auspicios la carrera sagrada. Pero apenas hubé concluido el tercer año de filosofía, cuando el buen anciano acosado por una grave enfermedad pasó de éste al mundo de los justos.

Nuevamente volví á encontrarme solo. Libre por lo tanto para escoger la carrera que mas conforme estuviese con mis inclinaciones, abandoné la filosofía y estudié el pilotaje. El buque donde por primera vez me embarqué como pilotin, salió de la bahía de Cádiz para la de Nápoles. En él iban varios pasajeros y entre ellos un matrimonio italiano con su hija, hermosísima jóven de diez y seis años. Cuando los italianos se trasladaron á bordo del *Brillante*, que se hallaba en franquía, yo fuí el encargado de conducirles en el bote. Atracamos al costado de babor y saltaron los pasajeros. Marietta, este es el nombre de la jóven, se quedó la última para subir con mas despacio, pero apenas hubo puesto los piés en la escala, cuando faltándola por un movimiento del bergantin la driza que servia de pasamano, inclinó atrás el cuerpo, y hubiera caido al agua á no recibirla yo entre mis brazos. Una espresiva mirada, mezcla de susto y de amor fué la tácita espresion de su agradecimiento. Aquella mirada fué el anuncio feliz de mi ventura.

A los pocos momentos el *Brillante* largó velas y zarpó con viento fresco, desapareciendo muy pronto hasta las mas empinadas torres de la ciudad gaditana.

Yo me hallaba en extremo preocupado. Un sentimiento nuevo, extraño, desconocido hasta entonces para mí, embargaba mis facultades y me impe-

dia dedicarme al estudio de mi carrera. La carta, el cuadrante, la brújula, el diario, todos los instrumentos de mi profesion me presentaban en su faz el delicado semblante de Marietta. Mis pensamientos eran para ella, para ella mis palabras, mis acciones, todo. Yo solo vivia para Marietta y por Marietta. Durante la navegacion leíamos juntos en un libro ó jugábamos al ajedrez. Cuando nos hallábamos solos, nuestros labios no sabian articular una palabra. Pero hablaban nuestros ojos, y nuestros corazones se comprendian. En la mesa nos sentábamos juntos; en los momentos de calma paseábamos por la cubierta, y en mis horas de guardia Marietta me acompañaba. En nuestras inocentes conversaciones, aquella candorosa jóven me hablaba de su infancia, de sus juegos, de su familia, de su pais, y de los bellos recuerdos que del mio llevaba. Sus palabras sonaban gratísimas en mi oído, y yo las escuchaba con entusiasmo, con amor, con respeto religioso.

Así fué arraigandose en nosotros ese sentimiento purísimo que Dios ha puesto en el corazón de sus criaturas. Marietta y yo nos amábamos; mutuamente lo conocíamos, y sin embargo nuestros labios no lo habian revelado todavía. Nuestro amor habia nacido y se habia desarrollado en el silencio templo de nuestro pecho. El pudor y el respeto lo aprisionaban dentro de nosotros mismos.

En esta situacion llegamos al golfo de Nápoles. Una noche estaba yo de guardia. Los padres de Marietta jugaban al tresillo en la cámara con el capitán. Los demas pasajeros eran espectadores del juego, ó descansaban en sus camarotes. Los marineros de servicio estaban agrupados en el castillete de proa refiriéndose sus viajes y sus aventuras. Solo el timonel se encontraba en la popa al cuidado del timon. El tiempo estaba bonancible. El horizonte se hallaba sereno y despejado. El cielo vestido de un manto azul purísimo salpicado de límpidas estrellas y chispeantes luceros. Una ligera brisa que el bergantin recibia en bolina henchia su velamen. La afilada quilla al separar las ondas dejaba trás de sí una estela que la luna plateaba con sus rayos brilladores. No se oia otro ruido en aquella inmensidad sino el que producian las aguas al ser roturadas por la cortante proa. Era una de esas apacibles noches en que los astros, la calma y el silencio predisponen al recogimiento y á la melancolía.

(Se continuará.)

P. ORTIGA REY.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

No hemos ido á las galerías de la Trinidad como críticos, ni como artistas, sino como curiosos y como admiradores cuando mas de las Artes españolas.

Por esta razon hemos juzgado las obras allí espuestas por el sentimiento, no por el arte, por el asunto mas que por su ejecucion, por la belleza estética, mas que por la perfeccion artistica, por la armonía del conjunto, mas que por la entonacion, el colorido, y la delicadeza y correccion de los detalles.

Hecha esta salvedad de profanos, vamos á emitir nuestra opinion sobre los cuadros que ya el público conoce, y que han analizado escritores, que mas entendidos en la materia que nosotros, han podido al juzgarlos decir con el Corregio: *Io tache so pittore.*

Comenzaremos por el cuadro del discípulo del pintor sevillano Becquer, D. Eduardo Cano, que representa el acto en que Colon explica en el convento de la Rábida al Padre Fray Juan Marchena y á los pilotos del Puerto de Palos, cómo á la parte de Occidente debe estar el Nuevo-Mundo.

Si como dice Kant la belleza es la expresion de lo infinito en lo finito, el cuadro del señor Cano es indudablemente el mejor de los espuestos en el Ministerio de Fomento. Aquellas figuras hablan, y el espíritu se vé de tal manera en sus rostros, que se puede decir por su expresion lo que cada uno piensa, los grados de desconfianza, admiracion ó inteligencia que abrigan.

Respira verdad en todo, pues desde los cristales hasta el tapiz que cubre la mesa, el adorno del cuarto, las ropas, todo está en época y todo tiene colorido de localidad.

Detrás de este cuadro van los retratos, obra de don Carlos Rivera y Madrazo (D. Federico.) Todos han elogiado el del duque de Alba del primero, y entre los de las duquesas de Medinaceli, de Sevilla y de Alba, la condesa de Vilches, y el Patriarca de las Indias del segundo, figura en primera linea el último por su expresion, por la verdad en las carnes, la limpieza en el colorido, y la naturalidad en el plegado del ropaje.

Dignos son de citarse tambien los paises de Haes y de Ferrant. Mas brillantes y frescos los

del pintor español, ceden sin embargo en verdad y en composicion á los del artista belga.

La Magdalena de Esquivel (D. Antonio), es tambien un cuadro digno de mencionarse, así como el de *Quenedo*, del malogrado pintor sevillano, don Rafael Garcia Martinez (Hispaletto).

Los cuadros de género de Bande y la Roca, sobre todo, los que representan *La venta del burro* en el mercado de los gitanos, *Los gaiteros* y *El camino de la gloria artistica*, son dignos de todo elogio.

Escenas populares, los dos primeros están rebosando verdad é intencion, y distingue el tercero por el pensamiento triste, desconsolador, sombrío, pero desgraciadamente harto verdadero, que espresa.

El lienzo de don Manuel Castellanos, que representa el patio de la cuadra de caballos de la Plaza de Toros antes de la corrida, es un cuadro que al mérito de su composicion, reúne el de ser retratos la mayor parte de sus figuras, y estar muy parecidos.

Tambien los lienzos de Larráz (D. Carlos), en particular los que representan *La abuela y los nietos*, y *la manchega rezando*, son dignos de especial mencion.

Murillo (D. B.) ha presentado tambien á vueltas con algunos retratos, dos cuadros, uno histórico de composicion, *El suspiro del moro*, y otro de costumbres, *La cita*. Ambos son notables por su colorido, pero en el segundo hay mas poesia, mas suavidad, mas pasion.

De Benjumea solo hay retratos, lo mismo que de Montañés, y de su discípulo Suarez Llanos.

No podemos juzgar en cuanto al parecido, mérito principal de esta clase de obras, pero en lo que atañe al dibujo, á lo jugoso del color y á la actitud, naturalidad y entonacion de las figuras, ninguno, y en particular los de los dos últimos artistas, dejan nada que desear.

Tambien el bello sexo ha tomado parte en este certámen artistico, que tambien en la patria de la Avellaneda y la Coronado hay mujeres cuyas almas templadas por el fuego de la inspiracion rinden culto al arte. No está reñido el tocador con la paleta; bien sientan los pinceles en las manos acostumbradas á recibir frescas y aromadas flores.

Las señoritas Garcia, que han presentado dos retratos.

Doña Josefá Gumucio y Grinda, autora del

lienzo que figura la *Aparicion de la Virgen á D. Jaime I de Aragon*; motivo de la institucion de la Orden de la Merced.

Doña Luisa Toro, discipula de Rivera, y autora del cuadro que representa á la Reina doña Isabel I dando leccion de latin con doña Beatriz de Galindo, merecen mencionarse, aun cuando sus obras sin carecer de importancia no estén á la altura de las de Madrazo, Rivera y Esquivel.

El cuadro del señor Garcia (D. Juan), que representa la alegoria del origen de la pintura por medio de una mujer dibujando en la sombra, y apoyada en el hombro de él, la cabeza de su amante, publica cómo al bello sexo deben los hombres el descubrimiento de algunos de los árboles donde despues han acudido á buscar el laurel que habia de ceñir sus sienas.

Algo podríamos decir para terminar este artículo acerca de la colocacion de los cuadros, pero no podemos alargar esta breve reseña.

Si en ella hemos omitido los nombres de algunos artistas, cuyo mérito somos los primeros en reconocer, ténganse en cuenta los límites y la indole del periódico en que escribimos.

Si no hemos mirado las obras de la actual esposicion por todos sus prismas, si no hemos abrazado todos sus estremos, si no hemos medido toda su importancia bajo el punto de vista del arte, sirvanos de disculpa el dicho de Schlegel: *En las artes no buscamos mas que lo bello.*

GAZEL.

MODAS.

Aunque todos convienen en que la emigracion veraniega no será tan general en este año como en los anteriores, no es menos cierto que la sociedad elegante está en dispersion; digánlo sino las diligencias atestadas de viajeros que van á buscar en playas lejanas alivio á sus dolencias, reales ó imaginarias. Cada siglo imprime á la humanidad el carácter que le es peculiar: antiguamente el hombre, como el galápago pegado á su concha, pasaba su vida sin perder nunca de vista el campanario de su lugar: hoy, picado por la serpiente que tentó á Eva, le parece pesado el movimiento del vapor, para correr en pós de lo desconocido.

La Moda, variable de suyo, cede á las impresiones del momento y no se ocupa sino de la cofia ó la capota de viaje, y de los trajes ligeros y graciosos que ha de lucir en el campo ó en los baños de mar. Hemos dicho ligeros, y no nos atrevemos á decir sencillos, porque la Moda actual no se despoja por nada, ni por nadie, del lujo y suntuosidad que la caracteriza. No se va al campo á transformarse en pastora de la Alcarria, ó en jardinera de la huerta de Valencia: á todas partes lleva consigo las aspiraciones de la dama madrileña.

En Provincias, como en la Côte, necesita para traje de mañana una bata de tafetan de cuadritos, azules y blancos, con guarniciones picadas en las mangas y delantera de la falda: mas tarde un vestido, color gris perla, con jareton en los volantes, y para paseo otro de muselina de seda con disposiciones de guirnaldas y flores.

A la par que la Moda, se han enriquecido las telas, y las de mezcla rivalizan con las de seda, tanto en su brillo, como en la belleza de sus dibujos. La muselina de Nápoles, lijera como el barés, tiene un granillo y una solidez, que la confunden con el grós. Todas estas telas, elevadas por su buena cualidad y lindas disposiciones á la categoria de trajes de paseo, se recomiendan por su economia: sus volantes terminados sencillamente por un jareton, no necesitan otros adornos.

Las inundaciones que aflijen á las Provincias del Mediodía de la Francia, interrumpiendo las comunicaciones, han impedido que nuestros figurines pudieran llegar á tiempo para repartirse con el número de hoy: irán en el inmediato. En su lugar damos un grabado de Modas, que esperamos será del gusto de nuestras lectoras. El peinador, que representa el núm. 1, puede hacerse de batista ó de muselina, los plegados son de la misma tela, las guarniciones bordadas. El núm. 2 es modelo de un vestido de muselina de seda, con volantes adornados de florecitas, y listas tejidas; la aldeta forma el quinto volante: la manga lleva tres. El cuerpo es escotado, con berta, cubriendo el pecho una camiseta de encaje ó de muselina.

AURORA PEREZ MIRON.

